

ACTAS DEL SÉPTIMO CONGRESO INTERNACIONAL DE INVESTIGACIÓN EN PSICOLOGÍA
ISBN 978-950-34-1863-5 | LA PLATA, DICIEMBRE DE 2019

PADECIMIENTO SUBJETIVO:

SU TRAMITACIÓN EN LOS TRABAJOS PSÍQUICOS ADOLESCENTES

SUBJECTIVE SUFFERING:

ITS PROCESSING IN ADOLESCENT PSYCHIC WORKS

Gastón Fazio

gastonfazio940@hotmail.com

Roxana Frison

Roxana Elizabeth Gaudio

Facultad de Psicología

Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Palabras preliminares

El presente trabajo se desprende del Proyecto de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata, “Estatutos del cuerpo en las formas actuales de presentación subjetiva en púberes y adolescentes de la ciudad de La Plata. Indagaciones preliminares” cuya Directora es la Profesora Florencia



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-
NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)

Facultad de
Psicología



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

Almagro. El mencionado Proyecto propone la indagación acerca de la relación entre los fenómenos corporales actuales y los diferentes modos de simbolización en la subjetividad de los adolescentes, propiciando la exploración de las modalidades características de la organización psíquica y los sufrimientos subjetivos en la infancia y la adolescencia. Entre los modos de organización de la psique y los enunciados predominantes brindados desde el campo social, el cuerpo en la adolescencia se recorta en la actualidad de un modo singular, concentrando en su interior una serie de interrogantes.

A partir de sostener la universalidad del malestar en la cultura que por ende atraviesa todo momento histórico, nos interrogamos en relación a las problemáticas propias de esta época. Padecimientos cuya particularidad radica en su dimensión de actos, en los que subyace una distorsión de la representación psíquica del cuerpo. Sujetos que parecen desafectados por las palabras que utilizan, portadores de enunciados en los que las palabras parecen escindidas de su connotación emocional. Tales problemáticas se presentan cada vez con más frecuencia, por lo cual su vínculo con lo histórico-social se torna insoslayable. En el mundo actual la globalización impone sus coordenadas, haciéndose necesaria la revisión de los efectos que produce sobre la subjetividad. “Las formas de producción de la subjetividad no son universales ni atemporales sino que se inscriben en condiciones sociales y culturales específicas” (Duschatzky & Corea, 2002: 21). El requerimiento de la respuesta inmediata y las demandas socio-culturales de normatividad y adaptación, producen inscripciones particulares en los adolescentes contemporáneos.

La cultura produce configuraciones subjetivas en relación a sus propuestas identificadorias, sus ideales, lo ponderado y lo prohibido. La subjetividad se asienta en el cuerpo, el psiquismo y el lazo social. Los adolescentes construyen sus formas de conocer y aprender bajo nuevas condiciones, arman sus vínculos de manera cualitativamente diferentes. ¿Cómo los atraviesan los ideales culturales actuales en

los que priman el consumismo, la devaluación de la noción de futuro, la dimensión estética de lo corporal? El cuerpo es también producto de los discursos sociales. El cuerpo, con su sustrato orgánico, es una construcción y como tal, se encuentra atravesado por un conjunto de enunciados, de discursos sobre los que se teje su trama constitutiva. Aquellos enunciados identificatorios que inauguran la historia discursiva del cuerpo se fundan en la palabra y el contacto que inviste al cuerpo en el encuentro madre-hijo, y aún antes, en la red deseante y discursiva que lo antecede. “La situación de encuentro” involucra la espera, y promueve un efecto de narcisización; sostenido en el marco de regulación del campo pulsional que promueve la cultura. En función de ello, plantea Jacques Le Goff (2006) en *Una historia del cuerpo en la Edad Media*:

sociedades históricas. El cuerpo tiene una historia. Forma parte de ella. Incluso la constituye, tanto como las estructuras económicas y sociales o las representaciones mentales de las que es, de algún modo, su producto y agente. En efecto, el cuerpo es hoy la sede de la metamorfosis de los tiempos nuevos (Le Goff, 12-18-52: 2006).

En esta época en particular se ha convertido en objeto de culto, el ideal actual se corresponde a un cuerpo estilizado, en su dimensión estética, un cuerpo cuya delgadez transita los bordes de la anulación de las diferencias sexuales, generacionales y los caracteres particulares. El cuerpo en la adolescencia recobra un protagonismo sólo comparable al que tuvo en los comienzos de la vida erigiéndose en portador de disfrute, de experiencias y también de dolor. A veces el padecimiento psíquico desencadena ataques al propio cuerpo, su manipulación conlleva una comunicación no verbal a través de la cual se pueden transmitir múltiples textos a ser descifrados: fragilidad de la pertenencia, apatía, descarga pulsional, sentimiento de invisibilidad, aburrimiento.

Trabajos de la adolescencia

La adolescencia no es una estructura subjetiva ni una organización psicopatológica, tal como plantea Élide Fernández es un momento de la constitución subjetiva determinado por las pautas e ideales de cada cultura que merece ser abordado con una técnica y una ética particular (Fernández, 2005).

En función de la problemática que se aborda, resulta pertinente la profundización sobre los trabajos psíquicos propios de esta etapa de constitución del sujeto. La marca específica que caracteriza al adolescente es encontrarse en una tarea que supone una constante modificación. Las transformaciones se producen sobre el cuerpo, soporte biológico de un trabajo que lo trasciende

En torno a la temática, Donald Winnicott (1991) establece la diferencia entre la pubertad, que alude al proceso de maduración física y la adolescencia, definida en términos del autor, como una etapa de transición hacia la adultez. Piera Aulagnier (1991) por su parte, también planteará la especificidad de este tiempo de la adolescencia en términos de tiempo de transición en el que tendrá un rol determinante la tarea de puesta en historia y en memoria, gracias a la cual un tiempo pasado y por ende perdido continuará existiendo psíquicamente por la autobiografía, obra de un yo que sólo puede ser y devenir erigiéndose en protagonista de la misma.

Este fondo es garante de la permanencia identificatoria de lo que uno deviene y de lo que continuará deviniendo, pues por allí se establece la singularidad de su historia y su deseo” (Aulagnier, 446-447: 1991).

Lo puberal-adolescente requiere de un trabajo en relación con la pulsión: lo pulsional emerge nuevamente como protagonista. Cabe destacar que el cuerpo púber es un cuerpo genitalizado por lo que la apropiación subjetiva de lo que la pubertad inscribe en el cuerpo confronta al sujeto con un trabajo psíquico. Capacidad psíquica que puede tornarse desbordada porque esta tarea de apropiación requiere un tiempo de escritura de la novedad del cuerpo en el psiquismo. Lo nuevo, lo inédito es la genitalización de la sexualidad. Una nueva imagen marcada por los signos de la propia identidad sexual puede producir un efecto desorganizador, puede acontecer que la dificultad por incorporar las transformaciones sufridas en el cuerpo lleve al adolescente al intento de neutralizar la erogeneidad genital del mismo, el sujeto escucha a ese cuerpo, lo explora, lo descubre, lo ignora, lo maltrata. El cuerpo propio se le vuelve extraño, ya no es el cuerpo infantil y lo nuevo le envía mensajes de los que se tiene que apropiarse, requiere pensarlo, elaborarlo, simbolizarlo. En función de ello, es frecuente la aparición de fenómenos de alteración de funciones corporales: trastornos digestivos, ritmos del sueño, autoagresiones, marcaciones sobre la superficie de la piel, exceso en la ingesta de alcohol y otras sustancias: la subjetividad requiere trabajo psíquico de integración que contempla lo corporal.

La adolescencia puede ser pensada como un tiempo de desencuentro, un desencuentro transicional que supone una crisis en la que se van a resignificar lugares, valores, relaciones. El proceso adolescente está en vinculación a dos muertes: la del niño imaginario (la imagen del cuerpo infantil, la identidad y el rol de la infancia) y la de los padres (esos otros primordiales atravesados por la idealización). Consecuentemente, el adolescente se ve confrontado con cierto recorrido subjetivo que le demanda un complejo trabajo psíquico de elaboración, resignificación y puesta en sentido. Es atravesado por una movilización producto de los duelos con los que se ve confrontado, por ende se torna particularmente vulnerable. Tiene que duelar al niño que ya no es, a los padres de la infancia.

En consecuencia las crisis por las que atraviesa el adolescente se despliegan en lo intersubjetivo: en un sistema de relaciones. Es el tiempo en el que priman los desafíos, las provocaciones que implica el reconocimiento de la pérdida del lugar de niño y el reclamo de un lugar en el mundo de los adultos que a su vez el adolescente cuestiona, explora, pone a prueba transitando sus bordes. Tiene que resultarle posible como condición de este trabajo, separarse del ámbito familiar. Los adultos deben permanecer allí, sosteniendo la asimetría y el lugar de autoridad, acompañando y soportando los embates. El desasimiento de la autoridad parental supone una operación psíquica necesaria y sumamente dolorosa. Los adolescentes pueden poner de manifiesto el dolor del duelo que transitan, mediante recursos defensivos que exponen al cuerpo en una suerte de proclividad a la actuación. La confrontación puede darse a través de un acto vivido como transgresor: tatuajes, cortes, agujeros, cuestiones todas ellas que involucran al cuerpo y lo exponen. A partir de este alejamiento entonces, son particularmente buscados los encuentros en el ámbito extra familiar, la relación con sus pares. Es el tiempo del advenimiento de nuevas identificaciones asentadas en el grupo de pares, o en personajes idealizados de la cultura; en el que se despliegan actividades grupales, identificatorias. Actividades a las que les corresponde un deseo de afirmarse y diferenciarse del niño que ha sido en el ámbito familiar.

En este tiempo el adolescente toma a su cargo los anhelos identificatorios que en la infancia fueron vertidos por la madre, atravesando de este modo un proceso que supone la resignificación de su pasado, que se enlaza al presente; tiempo actual que puede ser investido en tanto se asienta en los anclajes históricos que coherentizan, que dan sentido a los cambios, garantizando un sentimiento de continuidad, de mismidad a través de las modificaciones para encarar por ejemplo, nuevas relaciones objetales que le reaseguren ser sostén de deseos, placeres y proyectos. El tiempo de recambio que supone la adolescencia, de este modo, debe poder expresarse en una marca (indumentaria, celulares, juegos, palabras) que dará cuenta de lo que se dejó de ser para poder instalar un tiempo futuro. Los otros darán

valor a esas marcas: por un lado para los pares, constituirán emblemas de pertenencia y por otro, para los adultos serán indicios de la diferencia generacional.

La “rebeldía” adolescente y la búsqueda de identificaciones en el afuera de la familia, se ponen de manifiesto a través de conductas que conllevan riesgos. Comportamientos que aparecen con frecuencia en los adolescentes, que suponen pruebas en las que son los otros pares los que se instituyen en jueces y habilitantes del ingreso al mundo de los iguales. Tal como lo plantea Ona Sujoy (2011), los ritos de iniciación en tanto pruebas que implican dolor físico y psíquico, han sido característicos de tribus y sociedades primitivas. Esos ritos suponían marcas en el cuerpo y representaban el pasaje de la infancia a la adultez; marcados por el mandato cultural. El cuerpo ha sido siempre portador de imágenes y siempre estuvo atravesado por lo social. Ahora bien, esas pruebas que constituyen los ritos de pasaje se han transformado, desdibujado. En nuestra cultura el pasaje no está reglado, los adolescentes se hacen cargo de marcarlo y en muchas ocasiones en lugar de un pasaje se produce un corte. Los tatuajes, los cortes, los agujeros, problemáticas de la alimentación; todos ellos se erigen en marcas, se tornan visibles, se ofrecen a la mirada del otro, pero no significan lo mismo. El cuerpo metamorfoseado, desconocido, transformado, propio y extraño al mismo tiempo, puede confrontar a este sujeto que está creciendo, a un trabajo psíquico que desborda hacia el soporte corporal. El cuerpo es lugar de exhibición y escritura. Así, lo recordado y lo recordable de la infancia son función del éxito o del trabajo que incumbe a la instancia represora y de la mayor o menos capacidad de la psique de poder elaborar, a partir de las representaciones a las que debe renunciar, otras representaciones a las que el afecto puede ligarse. El fracaso de la represión puede manifestarse por su exceso o por su falta.

Presentaciones del cuerpo: ¿vías fallidas de simbolización?



La clínica actualmente nos confronta con la necesidad de interrogar las categorías psicopatológicas con las que trabajamos, en función de contemplar los tiempos de la constitución psíquica en articulación con la singularidad que imprime la época.

Marcos es un adolescente de 16 años, obeso. Se ha tatuado un brazo y una pierna, se ha hecho perforaciones tanto en los lóbulos de las orejas como en los laterales de las fosas nasales, agujeros que adorna con discretos aros que cambia con cierta frecuencia. Vive con una tía paterna desde niño, a partir de la separación de la pareja parental. En el comienzo de nuestro trabajo refiere: “Yo hago lo que quiero con mi mamá, a mi papá como si le tuviera miedo, como si fuera el bebé de mi mamá. Mi tía para mí es mi mamá, mi papá tampoco se ocupó mucho. Yo lo único que quiero es que cambien los dos” (Marcos, Registro propio: s/f).

En cuanto al modo en que se vincula con su cuerpo, Marcos dice lo siguiente: “Yo me descargo la bronca, me gusta hacerme algo a mí, cortarme. Para que me duela me tiro alcohol. Me corté la rodilla con un bisturí, con una aguja me marqué los brazos, me gusta sentir dolor, me marco todo” (Marcos, Registro propio: s/f).

Podemos pensar que como desencadenante de estas puestas en acto de un padecimiento, aparece la muerte, Marcos enuncia: “No sé qué me pasa, estoy como perdido. No sé qué hacer, no tengo ganas de hacer nada, no tengo ganas de ir a ningún lado. Se le murió el padre a un compañero, me puse a pensar si me pasa a mí. No sé nada, estoy re-perdido”. “No sé qué me pasa, se murió mi prima, no podía llorar. La semana pasada se murió mi tío y no lo podía llorar tampoco. Y no sé por qué, todavía no lo creo. Sé que mi prima está muerta pero es como que no lo entendiera, no lo entiendo (...) mi tío se murió también, me quería morir, no entendía nada. Yo me quedé helado y no lo podía creer, no sabía que decir, que hacer, me dieron chuchos de frío” (Marcos, Registro propio: s/f).

Liz, de 16 años de edad, concurre a la consulta a instancias de la pareja parental. En la primera entrevista su madre dice: “Repitió un año del secundario y ahora corre

riesgos de repetir nuevamente”. Su padre expresa: “Durante el tiempo que cursó la escolaridad primaria también repitió, y tuvo muchas dificultades con los docentes y los compañeros. Ahora sucede lo mismo”. “Todos los años se lleva casi todas las materias”.

Agrega su madre: “Se enoja muy rápidamente, y no sabemos por qué”. “Sin que lo supiéramos se hizo tatuajes y se puso varios piercing en el cuerpo. Se saca fotos desnuda mostrándolas en las redes sociales. Nos miente”. Matías, su padre, señala: “Me preocupa que haga estas cosas”. (Madre y padre de Liz, Registro propio: s/f).

Durante los primeros encuentros Liz halla dificultades para expresar lo que le sucede. En los episódicos momentos en los que la palabra se presenta, aparece en un tono monocorde, desafectivizadamente. Frente a las dificultades para otorgar un lugar a la palabra, se propicia generar un campo posible para lo lúdico a partir de la propuesta que implica introducir el dibujo y la posterior elaboración de una pequeña historia escrita que dé cuenta de él. Allí Liz pregunta, “¿Qué sería una historia? ¿Una historia de mentira?, no entiendo”. (Liz, Registro propio: s/f).

Reflexiones finales

El cuerpo en la adolescencia, se torna escenario privilegiado de la actuación cuando aparecen interferencias en lo intra o intersubjetivo que obstaculizan la metabolización de dicha novedad. Contemplando la complejidad dada por la confluencia de la realidad psíquica y los modelos identificatorios propios de cada tiempo, podemos plantear, que las marcas que se producen los adolescentes en sus cuerpos, en ocasiones, tienen el valor de una escritura, pueden constituir modos de tramitar un duelo, poniendo de manifiesto un dolor que no puede expresarse de otro modo; pueden resultar también una búsqueda de envoltura, una señal de existencia. La puesta en acto puede obedecer a un accionar mortífero en el que el daño, el dolor, constituya la meta. Pero puede resultar un instrumento al servicio de la

valoración, algo que deslumbró, siendo el daño un efecto no buscado, por lo que esa puesta en acto no proviene de un intento autodestructivo, sino de una identificación por contagio, asumiendo un carácter grupal que homogeniza, unifica y a la vez hace lazo, en el que se compartiría el mismo ideal, la búsqueda de una pertenencia, una marca fundante de reconocimiento. La marca que supone una violencia dirigida sobre el propio cuerpo puede tratarse entonces de una condición que le confiere al sujeto una posición, un lugar legitimado dentro del grupo. También conlleva exploración, búsqueda de sensaciones, de límite.

Las problemáticas actuales incluyen el cuerpo de modo central: lo corporal se instituye en sede del conflicto, convirtiéndose en el lugar donde se experimenta el sufrimiento, podríamos decir, se “corporiza”. El trabajo analítico en el encuentro con Marcos y Liz convoca a una tarea de construcción, de intervenciones analíticas: ligadura de palabras y afectos permitiendo que las mociones pulsionales se deriven al proporcionarles un significado simbólico, que el afecto devenga emoción a partir de tornarse pasible de ser nominado. Trabajo de articulación que involucra el cuerpo, la diferenciación y el devenir temporal y por ende la historización. En la conducción de estos tratamientos, atendiendo a la particularidad de esta problemática, a la singularidad del sujeto y de sus otros significativos, se propuso el armado de vías de ligazón, apuntando a enriquecer el nivel de procesamiento psíquico, a la cualificación, a la complejización del aparato, a la subjetivación.

En la época actual asistimos al desvanecimiento del síntoma como la vía regia de organización del sufrimiento. Lo pulsional emerge con poco recubrimiento fantasmático y simbólico. A la cultura de lo fugaz, de lo virtual propia de la globalización, se responde paradójicamente con el contacto cara a cara, con organizaciones en las que predomina la proximidad, en un cuerpo a cuerpo que muestra la aparición de “identificaciones no mediadas” en una inserción grupal que aglomera desde la estética y no desde el marco aportado por la existencia de objetivos comunes. Predominio de lo corporal desde una vía primaria (fallido de la

simbolización, de la función mediatizadora de la palabra) que permite en su marca el camino a la representación, a la ligadura.

Los movimientos de desinversión prevalecen por sobre el trabajo de ligadura propio del proceso secundario a consecuencia de cierta precariedad simbólica en la que se sostiene el yo. Asistimos con suma frecuencia a la repetición de secuencias, en los que inferimos ciertos mecanismos estereotipados, marcados por la prevalencia del cuerpo, de la satisfacción pulsional directa, de un lenguaje de acción por sobre el lenguaje simbólico con la consiguiente pérdida en el campo de la representación que supone.

En función de lo trabajado a lo largo de este escrito, puede pensarse a la adolescencia entonces como una modalidad de respuesta subjetiva, como un arreglo singular que le permitirá al sujeto organizar su existencia, su relación con el goce y soportar la vida.

Referencias

Aulagnier, P. (1991). "Construir (se) un pasado". En *Revista de psicoanálisis APdeBA*. Vol. 13, N°3.

Cottet, S (1991) *Pubertad catástrofe*. En: Revista Logogrifo. Caracas.

Duschatzky, S; Corea, C. (2002) *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Fernández, E (2005) *Algo es posible. Clínica psicoanalítica de locuras y psicosis*. Buenos Aires. Letra viva Editores.



Freud, S. (1989) Tres ensayos de teoría sexual. Tomo VII. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Le Goff, J. y Truong, N. (2006) Una historia del cuerpo en la Edad Media. Buenos Aires. Editorial Paidós.

Stevens, A. (1998). *La adolescencia síntoma de la pubertad*. En: Actualidad de la Práctica Clínica con Niños y Adolescentes. Barcelona Editorial Labrado.

Sujoy, O. (2011) Los cuerpos marcados. Transformaciones en la subjetividad adolescente. En *Marcas en el cuerpo de niños y adolescentes*. Janin, B. & Kahansky, E. (comps.) (pp. 107-118) Buenos Aires. Editorial Noveduc.

Winnicott, D. (1991) Exploraciones Psicoanalíticas II, Buenos Aires. Editorial Paidós